

CAPÍTULO XXV.

Reflexiones particulares sobre la conversion de los gentiles. Profundo juicio de Dios en quererles convertir por la cruz de Jesucristo. Manera de discurrir de san Pablo acerca del medio escogido por Dios para convertirles.

La conversion de los gentiles era el segundo acontecimiento que debia acaecer en tiempo del Mesías, y la señal mas cierta de su venida. Ya hemos visto con qué claridad anunciaron esto los profetas; y sus promesas se han verificado en el tiempo de nuestro Señor. Es muy cierto que entonces solo, ni mas pronto ni mas tarde, lo que los filósofos no se han atrevido á ensayar, lo que ni los profetas ni el pueblo judío cuando era mas especialmente protegido y era mas fiel, pudieron hacer, doce pescadores, enviados por Jesucristo y testigos de su resurreccion, lo cumplieron y llevaron á cabo. La razon es, porque la conversion del mundo no debia ser la obra ni de los filósofos ni aun de los profetas: estaba reservada á Jesucristo, y era el fruto de su cruz.

Era necesario á la verdad que este Cristo y sus apóstoles procediesen de los judíos, y que la predicacion del Evangelio comenzase en Jerusalem. "Una montaña elevada debia aparecer » en los últimos tiempos," segun Isaías: esta era

» la Iglesia cristiana. "Todos los gentiles debian » acudir á ella, y muchos pueblos debian tambien » reunirse allí. En aquel dia solo el Señor debia » ser elevado, y caer los ídolos hechos pedazos." Pero Isaías, que vió estas cosas, vió al mismo tiempo tambien que "la ley, que debia juzgar » á los gentiles, saldria de Sion, y que la pala- » bra del Señor, que debia corregir á los pue- » blos, saldria de Jerusalem;" lo que ha hecho decir al Salvador que "la salud debia venir de » los judíos." Y convenia que la nueva luz con que debian ser algun dia ilustrados los pueblos sumergidos en la idolatría se difundiese por todo el universo desde el lugar mismo donde siempre habia tenido su foco. Era en Jesucristo, hijo de David y de Abraham, en el que debian ser bendecidas y santificadas todas las naciones, segun ya lo hemos observado varias veces. Pero nosotros no hemos observado todavía la causa por la que el paciente Jesus, el Jesus crucificado y humillado, debia ser el solo autor de la conversion de los gentiles, y el solo vencedor de la idolatría.

San Pablo nos ha explicado este gran misterio en el primer capítulo de la primera epístola á los Corintios, y bueno es que veamos este bello pasage. "El Señor, dice, me ha enviado » á predicar el Evangelio, sin valerme para ello » de la elocuencia de palabras ó de los discursos » de la sabiduría humana, para que no se haga

» inútil la cruz de Jesucristo, porque la predi-
 » cacion del misterio de la cruz parece una ne-
 » cesidad á los ojos de los que se pierden; mas
 » para los que se salvan, esto es, para nosotros,
 » es la virtud y poder de Dios. Asi está escrito
 » en efecto: destruiré la sabiduría de los sabios,
 » y desecharé la prudencia de los prudentes.
 » ¿En dónde están los sábios? ¿en dónde los doc-
 » tores de la ley? ¿en dónde esos espíritus cu-
 » riosos de las ciencias de este mundo? ¿No es
 » verdad que Dios ha convencido de fátua la sa-
 » biduría del mundo?" Sin duda, pues que ella
 » no ha podido sacar á los hombres de su igno-
 » rancia. Hé aquí la razon que san Pablo da de
 » esto: "es porque el Señor, viendo que el mun-
 » do, á vista de las obras de la sabiduría divina,
 » no le conoció por medio de la ciencia humana,
 » plúgole salvar á los que creyesen en él por me-
 » dio de la locura ó simplicidad de la predica-
 » cion de un Dios crucificado." Es decir, por el
 » misterio de la cruz, del que nada puede com-
 » prender la sabiduría humana.

¡Nuevo y admirable designio de la providen-
 cia divina! Dios introdujo al hombre en el mun-
 do, en donde á cualquier parte que volviese los
 ojos, veia resplandecer la sabiduría del Criador
 en la grandeza, en la riqueza y en la disposi-
 cion de una obra tan bella. El hombre sin em-
 bargo le desconoció; las criaturas que se pre-
 sentaban para elevar nuestro espíritu á una es-

fera mas alta le detuvieron: el hombre ciego y
 embrutecido las ha servido; no contento con
 adorar la obra de las manos de Dios, ha adora-
 do tambien la obra de sus propias manos. Ha
 formado su religion de fábulas mas ridículas que
 los cuentos que se refieren á los niños: se ha ol-
 vidado de su propia razon; Dios se la quiso ha-
 cer olvidar de otra manera diferente. Una obra
 cuya sabiduría él entendia no le ha movido; le
 presentó otra obra, en que su razon se perdiese
 y en que todo le pareciese una locura ó nece-
 dad: tal fue la cruz de Jesucristo. No es discor-
 riendo como se entiende este misterio; es "cau-
 » tivando la inteligencia bajo la obediencia de la
 » fé, y destruyendo todos los racionios huma-
 » nos y toda ciencia vana que se eleve contra la
 » ciencia de Dios."

En efecto, ¿qué es lo que nosotros compren-
 demos en este misterio en que el Señor de la
 gloria es cargado de oprobios, en que la sabi-
 duría divina es tratada de locura, y en que aquel
 que, asegurado en sí mismo de su natural gran-
 deza, "no ha creído atribuirse demasiado cuan-
 » do se ha dicho ser igual á Dios, y se ha ano-
 » nadado á sí mismo hasta el punto de tomar la
 » forma de esclavo, y de sufrir la muerte de
 » cruz?" Confúndense todos nuestros pensamien-
 tos; y, como decia san Pablo, nada hay que pa-
 rezca mas insensato á los que no son ilustrados
 de lo alto.

Tal era el remedio que Dios preparaba á la idolatría. Conocia el espíritu del hombre, y sabia que no era por raciocinio como era menester destruir un error que el raciocinio no habia establecido. Hay errores en que caemos raciocinando, porque el hombre se confunde muchas veces á fuerza de raciocinar: pero la idolatría procedia del extremo opuesto; sofocando todo raciocinio, y dejando dominar á los sentidos que querian revestirlo todo con las cualidades con que son movidos, era como se habia introducido. Por esta razon es por lo que la divinidad se hizo visible y grosera entre ellos; los hombres le dieron su figura, y lo que es mas vergonzoso todavía revistiéronla de sus vicios y de sus pasiones. El raciocinio no tuvo parte en un error tan brutal; por el contrario este es un trastorno del sentido recto, un delirio y un frenesí. Raciocinad con un frenético, y argumentad contra un hombre á quien una fiebre ardiente pone fuera de razon, y no hareis mas que irritarle y hacer su mal irremediable: es menester atacar la causa de su demencia, temperarle, y calmar los humores cuya violencia causa su enagenacion y sus furoros. Asi que no es el raciocinio el que cura el delirio de la idolatría. ¿Qué han ganado los filósofos con sus pomposos discursos, con su estilo sublime, y con sus raciocinios tan artificiosamente presentados? Platon, con su elocuencia, que se ha creído diuina, ¿ha derribado

un solo altar de aquellos en que estas monstruosas divinidades eran adoradas? Por el contrario, él y sus discípulos y todos los sabios del siglo han sacrificado á la mentira: "Se han perdido en el dédalo de sus pensamientos; su insensato corazon ha sido cubierto de tinieblas, y bajo el nombre de sabios que ellos propios se dieron fueron mas locos que los demas," pues que contra lo que les dictaban sus propias luces prestaban adoracion á las criaturas.

No es pues con razon, como exclamó San Pablo en este pasage: "¿donde están los sabios? ¿dónde los doctores? ¿qué han hecho los que buscaban las ciencias del siglo?" ¿Han podido ni aun solo destruir las fábulas de la idolatría? ¿Han sospechado siquiera que fuese necesario oponerse abiertamente á tantas blasfemias, y sufrir, no digo el último suplicio, sino la menor afrenta por la verdad? Lejos de hacerlo, "han retenido la verdad cautiva," y han sentido por máxima que en materia de religion era menester seguir al pueblo; al pueblo, á quien ellos despreciaban tanto, es á quien establecieron por norma para que les sirviese de regla en la materia mas importante de todas, y sobre la que sus luces le eran mas necesarias. ¿De qué pues has servido, filosofia? "¿No ha convencido Dios de necedad á la sabiduría de este mundo," como nos decia S. Pablo? "¿No ha destruido la sabiduría de los sabios, y mos-

trado la inutilidad de la ciencia de los doctos?"

Así es como Dios ha hecho ver por experiencia que la ruina de la idolatría no podía ser obra del solo raciocinio humano. Lejos de cometerle la curación de una tal enfermedad, Dios ha acabado de confundirle con el misterio de la cruz, al mismo tiempo que ha puesto un remedio eficaz para el origen del mal.

La idolatría tomaba su nacimiento de este profundo apego que tenemos á nosotros mismos. Este es el que nos hizo inventar dioses semejantes á nosotros; dioses que no eran mas que hombres sujetos á nuestras pasiones, á nuestras debilidades, y á nuestros vicios: de manera que, bajo el nombre de falsas divinidades, los gentiles no adoraban en efecto mas que á sus propios pensamientos, sus placeres y sus caprichos.

Jesucristo nos ha hecho entrar en otras sendas. Su pobreza, sus oprobios, y su cruz le hacen un objeto horrible á nuestros sentidos. Es menester salir de sí mismo, renunciar á todo, y crucificarlo todo para seguirle. El hombre sustraído de sí mismo, y de todo aquello que le hace amable su corrupción, se hace capaz de adorar á Dios y su eterna verdad, cuyas reglas quiere seguir en adelante.

En esta perecen y se desvanecen todos los ídolos, y las divinidades que se adoraban tanto sobre los altares, como aquellas que cada

uno sentia en su corazón. Estas eran las que habian erigido las otras. Se adoraba á Venus porque se dejaban dominar del amor sensual; á Baco, el mas festivo de todos los dioses, se le erigian altares porque se abandonaban y sacrificaban, por decirlo así, al deleite de los sentidos mas dulce y mas embriagador que el vino. Jesucristo, por el misterio de su cruz, vino á imprimir en los corazones el amor de los padecimientos, en lugar del amor de los deleites; fueron pues disipados los ídolos que esteriormente se adoraban luego que dejaron de subsistir los que tenian su templo en el corazón: purificado el corazón, como dice el mismo Jesucristo, se ha hecho capaz de ver á Dios; y el hombre, lejos de hacer á Dios semejante á sí mismo, procura mas bien, en cuanto lo permite su flaqueza, hacerse semejante á Dios.

El misterio de Jesucristo nos ha hecho ver cómo la divinidad podia sin envilecerse unirse á nuestra naturaleza y revestirse de nuestras debilidades. Encarnó el verbo: aquel que tenia *la forma* y la naturaleza *de Dios*, y sin perder lo que era *tomó la forma de esclavo*. Inalterable en sí mismo, se unió y se apropió una naturaleza estraña. ¡Oh hombres, vosotros que queriais dioses que no fuesen, á decir verdad, mas que hombres, y aun hombres viciosos! Esta era una escesiva ceguedad.

Mas ved aquí un nuevo objeto de adoracion que se os propone; es un Dios y hombre á la vez; pero un hombre que no ha perdido nada de lo que era haciéndose lo que nosotros somos. La divinidad quedó inmutable, y, sin poder degradarse, elevó la naturaleza que ella unió á sí.

Pero ¿y qué es lo que Dios tomó de nosotros? ¿Tomó por ventura nuestros vicios y nuestros pecados? Lejos de nosotros tal pensamiento; no tomó del hombre mas que lo que él hizo, y es bien cierto que él no fue el autor ni del pecado ni del vicio. Creó su naturaleza, y esta es la que tomó. Puede decirse que habia hecho anejo á la naturaleza del hombre la mortalidad con la flaqueza que la acompaña; porque aunque no entrase en el primer desígnio de Dios, fue sin embargo el justo suplicio del pecado, y en razon de tal podemos decir que fue la obra de la justicia divina. Por tanto Dios no se desdénó de tomarla; y asumiendo sobre sí la pena del pecado sin asumirse el pecado, ha hecho ver que era, no un culpable á quien se castigaba, sino el justo que espiaba los pecados de los culpables.

De esta manera, en lugar de los vicios que los hombres atribuian á sus dioses, en el Dios hombre han aparecido todas las virtudes; y para que apareciesen en él en las últimas pruebas, aparecieron en medio de los mas horribles tor-

mentos. No busquemos pues ya otro Dios vivo despues de éste: solo él es digno de abatir todos los ídolos; y la victoria que debia conseguir sobre ellos está aneja á su cruz.

Es decir que está aneja á una locura aparente. "Porque los judíos, prosigue S. Pablo, »piden milagros," por los cuales, trastornando Dios con estrépito toda la naturaleza, como lo hizo á la salida de Egipto, los ponga visiblemente en un estado superior al de sus enemigos; "y los griegos ó gentiles piden por su parte la ciencia," es decir, discursos bien ordenados, como los de su Platon y de su Sócrates. "Y nosotros, »continúa el apostol, predicamos sencillamente »á Jesucristo crucificado; lo cual para los judíos es motivo de escándalo, y parece una locura á los gentiles: si bien para los que han »sido llamados á la fe, tanto judíos como griegos, es Cristo virtud de Dios y sabiduría de »Dios. Porque lo que parece una locura en los »misterios de Dios es mayor sabiduría que la de »todos los hombres; y lo que parece debilidad »en Dios es mas fuerte que toda la fortaleza »de los hombres." Ved aquí el último golpe que era menester dar á nuestra soberbia ignorancia. La sabiduría á donde nos conduce es tan sublime que á nuestro saber parecemos una locura; y sus reglas son tan sublimes que todo nos parece en ellas un extravío. Empero si esta divina sabiduría nos es im-

penetrable en sí misma, ella se declara por sus efectos. Una virtud sale de la cruz y todos los ídolos se conmueven. Vémosles caer por tierra, no obstante que todo el poder romano se empeña en sostenerlos. No son los sabios, ni los nobles, ni los poderosos los que han hecho un tan grande milagro. La obra de Dios siguió el camino por donde entrara; y lo que había empezado por las humillaciones de Jesucristo fue consumado por las humillaciones de sus discípulos. «Y si no, considerad, hermanos míos, (que así es como san Pablo acababa su admirable discurso) considerad quiénes son los que han sido «elevados á la fé de entre vosotros (y de quiénes se ha compuesto esta Iglesia victoriosa del «mundo); como no sois muchos los sabios según la carne, ni muchos los poderosos, ni muchos los nobles; sino que Dios ha escogido á «los necios, según el mundo, para confundir á «los sabios, y ha elegido á los flacos del mundo «para confundir á los fuertes, y á las cosas viles «y despreciables y á aquellas que eran nada, «para destruir las que son al parecer más grandes; y á fin de que ningún mortal se jacte ante «su acatamiento.» Los apóstoles y sus discípulos, el desecho del mundo y la nada misma, al contemplarlos con los ojos humanos, han prevalecido sobre todos los emperadores y sobre todo el imperio. Los hombres habían olvidado la creación, y Dios la ha renovado sacando de esta nada

á su Iglesia, á quien ha hecho omnipotente contra el error. Ha confundido con los ídolos á toda la grandeza humana que se interesaba en defenderlos; y ha hecho una obra tan grande, como la que hizo creando el universo, por la sola fuerza de su palabra.